

DISCURSO

PRONUNCIADO EN LAS HONRAS FÚNEBRES DEL SEÑOR

J. H. DUARTE PEREIRA,

REPRESENTANTE DEL BRASIL

EN LA

CONFERENCIA INTERNACIONAL AMERICANA



SEÑOR PRESIDENTE:

SEÑORES:

PROFUNDAMENTE emocionados, con los ojos encendidos por el dolor, y brotando de nuestros labios una plegaria unísona, venimos á tributar nuestros últimos homenajes á los mortales despojos de quien ayer todavía era un obrero inteligente y laborioso en la noble tarea de paz y concordia que habrá de llevar á buen término y remate la Conferencia Internacional Americana.

Docitur semper nova pompa morti, dijo con razón Séneca el trágico, y es la Muerte hoy quien, clareando nuestras filas, nos lleva y arrebata á un prócer ilustre que rindiera en todo tiempo culto fervoroso á los supremos ideales de la justicia y consagrara su vida toda á perseguirlos con amor y con fe.

La muerte del Excmo. señor Duarte Pereira, ha sembrado la consternación en nuestras almas; no sólo porque nosotros los humanos vivimos como si debiéramos vivir siempre, sino porque es triste dejar en la mitad del camino á alguno de aquellos que, con nosotros, emprendieran la jornada. Hay, no obstante, un lenitivo para nuestra angustia y un consuelo para nuestro dolor: los honores que todos nos congregamos á rendirle para prolongar con ellos su memoria entre los hombres.

Hagamos el elogio merecido de su vida, que nuestra lengua encumbre su nombre haciendo recuerdos de las hazañas realizadas por él en su existencia laboriosa, que sólo deben violarse las leyes de la muerte en favor de los hombres buenos y sólo debemos admirar lo que el mérito levanta por encima de nosotros.

La vida del señor Duarte Pereira fué útil por extremo; toda ella fué consagrada á la enseñanza de la juventud, al estudio del Derecho y al servicio de su patria. Amó al profesorado, y en la cátedra de la Facultad de Recife, así como en la vida pública y privada, no fué más que un maestro. Su palabra dogmática estuvo siempre llena de enseñanzas.

Fué un sacerdote del Derecho, misionero de paz que ansiaba por la conversión de los pueblos á la religión de la justicia. Para él las controver-

sias civiles de los hombres debían ser evitadas antes que dirimidas por la ley, los conflictos políticos no debían tener otra norma que la libertad, y las contiendas internacionales más solución que las que pacíficamente se obtienen por el arbitraje.

Era un cruzado que marchaba en busca del arca santa de la justicia que vemos flotar, desde hace siglos, sobre el encrespado mar de la discordia humana.

Fué un patriota y en la Asamblea Constituyente del Brasil y en el Senado más tarde, consagró su actividad y sus energías á fortificar la República, á reconstituir la patria, á asegurar la responsabilidad de los mandatarios del pueblo y á organizar la justicia administrativa.

Su vida fué corta si la hubiéramos de medir por el número de años que alcanzó; pero él la hizo larga, merced á una incesante y fructuosa labor. Puede decirse de él, con verdad, que duró poco, pero que vivió mucho.

En el seno de la Conferencia Internacional pudimos apreciar todos, el temple de su carácter y su prestigio moral.

A pesar de hallarse minado su organismo por enfermedad traidora, abandonó una existencia tranquila que hacía próspera su honradez profesional, para venir á una tierra lejana á unir su esfuerzo al de todos en favor del programa que ha-

brá de realizarse para poder hacer de la América una sola patria.

Venía á discutir los medios más apropiados para conocernos los unos á los otros, el establecimiento de vías rápidas de comunicación para acercarnos é identificar nuestros intereses, el pacto de nuestra unión que habrá de hacernos fuertes y el modo de ensanchar nuestras relaciones comerciales que habrá de hacernos prósperos: hermoso ideal que la América acaricia para poblar sus bosques todavía vírgenes, para explotar sus riquezas no exploradas aún, centuplicar sus fuerzas y vivir en paz.

Debemos lamentar la muerte del señor Duarte Pereira, que fueron siempre poderosos elementos de unión y de concordia su palabra persuasiva y dulce, su consejo prudente y sabio y su actitud discreta y noble.

La tierra mexicana, donde va á reposar por ahora, no podrá ser para él tan amorosa como el suelo de la patria; la lengua con que ensalzamos su nombre no podrá hablarle con el encanto de la lengua nativa; pero en esta tierra lo abrigamos con el calor de nuestro afecto, para que no eche de menos la suya mientras vuelva á ella; y nuestra lengua hará recordar que ramas son de un mismo árbol cuyo tronco arraiga en una tierra común.

Señores:

Volvamos un momento los ojos al hogar vacío donde llora en silencio una esposa atribulada. Que ella recoja para consuelo los últimos ecos de nuestras palabras. Su dolor de hoy sólo puede compararse con su dicha de ayer.

De aquellos esposos debe decirse lo que dijo Tácito en elogio de Agrícola y de su consorte: «*Vixeruntque mira concordia, per mutuam caritatem et invicem se anteponeudo.*» «Vivieron en perfecta concordia, unidos por mutuo cariño y amándose uno al otro más que á sí mismos.»

Inclinémonos respetuosamente ante dolor tan profundo.

